

Comentarios

Jornada Mundial de la Paz 2005

*No te dejes vencer por el mal.
Antes bien, vence al mal con el bien.*

¿Qué es el bien y quién es el mal?

Juan Pablo II comienza su mensaje diciendo que “la paz es el resultado de una larga y dura batalla, que se gana cuando el bien derrota al mal”. La paz de que habla el Papa tiene una doble característica: primero, esa paz es el bien, porque es la defensa de la vida y, segundo, esa paz no es una abstracción. Este mensaje está dirigido a la 38ª Jornada mundial de la paz, una tradición iniciada en 1968 (cuando se gastaba un millón de dólares por minuto en la carrera armamentística), que recorre las décadas de la guerra fría, la década perdida de los ochenta, cuando se generó la pesada losa de la impagable deuda externa (tema central de este mensaje), le década de los noventa, la de “la paz violenta”, cuando se va gestando “el malestar en la globalización” (J. Stiglitz), y termina con el primer quinquenio del nuevo milenio, cuando el mal presenta cuatro actores y víctimas, en la memoria del Papa: “¿Cómo no pensar en el querido continente africano, donde persisten conflictos que han provocado y siguen provocando millones de víctimas? ¿Cómo no recordar la peligrosa situación de Palestina, la tierra de Jesús, donde no se consigue asegurar, en la verdad y en la justicia, las vías de mutua comprensión, truncadas a causa de un conflicto alimentado cada día de manera preocupante por atentados y venganzas? Y, ¿qué decir del trágico fenómeno de la violencia terrorista que parece conducir al mundo entero hacia un futuro de miedo y angustia? En fin, ¿cómo no constatar con amargura que el drama iraquí se extiende por desgracia a situaciones de incertidumbre e inseguridad para todos?” (4).

Estas últimas palabras recuerdan lo que Juan Pablo II dijo, en los meses de enero y febrero de 2003: “Pido a todos los hombres de buena voluntad que destierren toda forma de intolerancia y discriminación. Hagan lo posible para construir la paz, sobre todo en Tierra Santa, para detener la inútil espiral de violencia ciega, y en el Medio Oriente, para detener la siniestra obcecación de un conflicto que, gracias al compromiso de todos, puede evitarse. ¿Qué decir de la amenaza de una guerra que podría golpear al pueblo de Irak, la tierra de los profetas, pueblo que ya ha sido tratado con severidad por más de doce años de embargo?”. Cuando el 16 de marzo de 2003, “las fuerzas de la coalición”, amparadas en la mentira y sin autorización del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, deciden iniciar la guerra preventiva contra Irak, Juan Pablo II elevó su voz: “Quien decida que todos los medios de que dispone el derecho internacional se han agotado, tendrá que asumir una grave responsabilidad ante Dios, ante su propia conciencia y ante la historia”.

A partir de estas guerras y conflictos concretos, entendemos que el Papa nos diga que el mal no es una abstracción: “El mal no es una fuerza anónima que actúa en el mundo por mecanismos deterministas e impersonales. El mal pasa por la libertad humana. Precisamente, esta facultad, que distingue al hombre de los otros seres vivientes de la tierra, está siempre en el centro del drama del mal y lo acompaña. El mal tiene siempre un rostro y un nombre: el rostro y el nombre de los hombres y mujeres que libremente lo eligen”. Se trata de la responsabilidad moral ante Dios, ante su propia conciencia y ante la historia.

El bien y el mal en los mensajes de la paz

Los mensajes de las 38 jornadas mundiales nos presentan “la paz como el bien”, y en cada oportunidad nos indican algo que ayuda a la paz o algo que la destruye. Cada año se nos ofrecen pautas de moral universal. He aquí algunos ejemplos. En 1969 y 1999, “El secreto de la verdadera paz reside en el respeto de los derechos humanos”; en 1977, “Si quiere la paz, defiende la vida”; en 1978, “No a la violencia, sí a la paz”; en 1980, “La verdad, fuerza de la paz”. El año en que M. Gorbachov preparó su *Perestroika*, para poner fin a la manía armamentística y hacer de Europa el “hogar común”, el lema de la jornada mundial fue “La paz es un valor sin fronteras, norte-sur, este-oeste: una sola paz”. En vísperas de que Naciones Unidas convocase a la Cumbre de tierra, en Río de Janeiro (1992), la jornada mundial habla de “Paz con Dios, paz con todas las criaturas”. En vísperas de la Cumbre del desarrollo social (Copenhague), la jornada mundial nos dice: “Si quieres la paz, sal al encuentro del pobre”. El año en que se celebra la cumbre del Crecimiento demográfico (El Cairo), la jornada mundial afirma: “De la familia nace la paz de la familia humana”. Cuando se prepara la Cumbre de la mujer (Beijing), las jornadas mundiales de 1995 y 1996 anuncian: “La mujer, educadora para la paz. Demos a los niños un futuro de paz”. Cuando en 1997 y en 1998 estalló la crisis financiera mundial, que generó pobreza y desesperanza global, la jornada de la paz afirma: “De la justicia de cada uno nace la paz para todos”. En el mensaje de la paz de 2004, Juan Pablo II presentó el conflicto del bien y del mal como el enfrentamiento entre “la fuerza del derecho y el derecho de la fuerza”, fuerza que, por desgracia, se ha impuesto en la guerra de Irak, en la construcción del “muro de Cisjordania” y en algunas de las determinaciones del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, que recordaremos más adelante.

El bien común y el destino universal de los bienes

El mensaje de este año nos dice que la paz no es sólo ausencia de guerra, si no que son necesarios dos objetivos complementarios. “El bien de la paz” requiere que los modelos económicos logren “el bien común” (5); el bienestar social de todos los ciudadanos, requiere “tener en cuenta las implicaciones éticas del uso de los bienes de la tierra” (6), su destino universal, en la mente de

Dios. Ambos objetivos no sólo pertenecen a la enseñanza social de la Iglesia, sino que son promesas hechas por los modelos económicos.

Algunos economistas clásicos del siglo XIX esperaban que “la mano invisible” de Adam Smith lograría el mayor bienestar de todos los participantes en el mercado, pero la encíclica *Rerum Novarum* de León XIII (1891) describía todo lo contrario. Otros autores del siglo XX pensaron que los economistas matemáticos del *Gosplan*, guiados por los políticos del Soviet Supremo, lograrían la democracia social; pero el secretario del partido dijo, en 1987, “nuestros cohetes pueden encontrar el cometa Halley y volar a Venus, pero codo a codo de estos adelantos científicos... muchos de los artefactos domésticos soviéticos son de mala calidad” (*Perestroika*, p. 20). La reciente publicación de *Enade 2004*, reconoce que los logros del Consenso de Washington Original han sido limitados y, por ello, propone “un Consenso de Washington Ampliado” (p. 21). Ninguno de los dos grandes modelos económicos, ni los socialismos reales del este europeo, en décadas pasadas, ni el Consenso de Washington, en el presente, ha logrado el mayor bienestar social. Esta prolongada ausencia de equidad y justicia económica nos aleja de la paz y nos acerca cada vez más a la guerra. Con razón se ha dicho que los años noventa han sido la década de la paz violenta.

El bien y el mal, en la década de “la paz violenta”

Es útil leer en diagonal la pasada década, citando algunos hechos mayores o cumbres mundiales, para ver cuánto se tuvieron en cuenta, “las implicaciones éticas del uso de los bienes de la tierra” (6). En 1989, cayó al muro de Berlín y, en 1991, se firmó, en Minsk, el decreto de la extinción de la Unión Soviética. En 1992, Naciones Unidas convocó, en Río Janeiro, la Cumbre de la tierra. “El medio ambiente mundial sigue deteriorándose, la desertificación invade más y más tierras fértiles; los efectos destructivos del cambio climático son bien evidentes, las catástrofes naturales son más frecuentes y devastadoras y los pueblos en desarrollo son los más vulnerables; la polución del agua priva a millones de personas de las condiciones de una vida decente”. Los delegados firman la “agenda 21” y, diez años más tarde, en la cumbre de Johannesburgo, se reconoce que el modo de producción y consumo de los países industrializados agrava la degradación ambiental, al mismo tiempo que el Es-

tado más contaminante del mundo sigue sin firmar el protocolo de Kyoto.

En 1993, la Cumbre de los derechos humanos, en Viena, tema que Juan Pablo II retomó, en su mensaje de la paz de 1999. En 1994, la Cumbre sobre el crecimiento demográfico, en El Cairo, tema delicado y complejo, sobre todo en países en vías de desarrollo, donde el servicio de la deuda externa dificulta la inversión social, en salud y adiestramiento de la nueva mano de obra. En 1995, la Cumbre del desarrollo social, en Copenhague, da la señal de alerta sobre tres problemas mundiales: desarrollo de la pobreza, crecimiento con desempleo e insolidaridad y atomización social. En 1996, la Cumbre de la mujer, en Beijing, tema muy actual, tal como apareció en el foro social de Bombay (2004), pidió que la Corte Penal Internacional se ocupase de los delitos contra la mujer.

En 1997 y 1998, estalló la crisis financiera mundial, cuando miles de millones de dólares de capitales especulativos abandonaron bruscamente los bancos de los "tigres y dragones" del continente sudasiático, lo cual sacudió las bolsas de valores de Tokio a Nueva York. Esto dejó en la incertidumbre financiera a muchos países en desarrollo, golpeó a dos economías tan distintas y tan distantes como la rusa y brasileña. Reconocidos economistas como J. Sachs y J. Stiglitz, acusaron al Fondo Monetario Internacional de ser el culpable principal de una crisis que hizo tanto daño a muchas pequeñas economías. En octubre de 1998, James Wolfensohn, presidente del Banco Mundial, pronunció, en Washington, su discurso sobre "La otra crisis": "Hoy mientras hablamos de crisis financiera, 1,300 millones de personas subsisten con menos de un dólar al día; 3,000 millones viven con menos de dos dólares al día; 1,300 millones no tienen agua potable; 3,000 millones carecen de servicios de saneamiento y 2,000 no tienen electricidad... Hemos comprobado que cuando pedimos a los gobiernos que adopten medidas rigurosas para organizar sus economías, podemos generar enormes tensiones. Quien sufre es la gente, no los gobiernos". No es éste el mayor bien común y el mejor uso de los bienes de la tierra, de los cuales habla el Papa. De ahí no puede surgir la paz y el bienestar de los pueblos.

En febrero de 1999 se reunió el 29º Foro Económico Mundial de Davos (Suiza) para discutir "la gestión de la globalización". Los organizadores adelantaron algunas afirmaciones: "La globalización debe adquirir un compromiso social, que no tenga

como contrapartida la miseria y la exclusión de millones de seres humanos en el planeta. Esta crisis es el resultado de una globalización que ha sido conducida de manera irresponsable. O se diseñan nuevas medidas para hacer frente a la crisis o estamos condenados a entrar en un período de caos endémico y sistemático. Miseria y desempleo, destrucción masiva de la riqueza material y financiera. Estados sometidos a la especulación; un capitalismo que erosiona las normas más elementales de la convivencia, son algunos de los rasgos que advertirían una globalización irresponsable". Los mismos gestores de la economía mundial reconocen las fallas congénitas del modelo, pero en este foro el único acuerdo fue la búsqueda de un sistema para controlar a los capitales especulativos de corto plazo. El estallido brotó en otro de los ejes de la globalización.

En diciembre de 1999, 50 mil manifestantes invadieron las calles de Seattle, donde tenía lugar la cumbre de la Organización Mundial del Comercio. Los manifestantes dicen estar en la calle "para dar la palabra a aquellos que jamás la han tenido y para que la OMC escuche la voz de los ciudadanos". Se trata de que los pequeños países se hagan escuchar. Es norma, en las cumbres de la Organización Mundial del Comercio, que el acuerdo final requiera el voto unánime de todos los miembros. Los ministros de comercio de los países pobres y emergentes rompieron con una larga tradición al negarse a firmar un documento final, en cuya elaboración no habían participado, tampoco en la discusión de la agenda. "No hay transparencia alguna en este proceso y norteamericanos y europeos juegan con nosotros con la política del palo y la zanahoria". Mientras las discusiones, a puerta cerrada, los delegados de los países pobres aguardaron pacientemente en los pasillos. "No sabemos qué decisiones se van a tomar y una vez más se nos pedirá suscribir un texto, que ni tendremos tiempo de leer". La voz de los sin voz fue su desacuerdo, el cual ha sido interpretado como una victoria.

J. Stiglitz, ex jefe de economistas del Banco Mundial y luego Premio Nóbel de Economía 2001, ha dicho que "el libre comercio en poco o en nada ha beneficiado a los países en desarrollo" y que "la teoría del libre comercio es un fraude intelectual", para recordar que las relaciones asimétricas del comercio internacional son las principales generadoras de la deuda externa creciente e impagable. "El sistema de comercio global está en problemas", escribe J. Stiglitz al G-7, reunido en Génova. "Se predica el libre comercio como el evangelio en todas par-

ten, pero parece que los países no hacen caso de su propio mensaje; sus mercados permanecen cerrados a muchos de los productos de los países en desarrollo, subsidian a sus agricultores en forma masiva, lo que hace imposible que los países en desarrollo puedan competir. El mensaje del G-7 parece ser: hagan lo que decimos, no lo que hacemos”.

Este ambiente de paz violenta, con que cierra el siglo XX, explica por qué, en el nuevo milenio, somos testigos de esa violencia e inseguridad crecientes, que preocupan a Juan Pablo II. “Al contemplar la situación actual del mundo no se puede ignorar la impresionante proliferación de múltiples manifestaciones sociales y políticas del mal: desde el desorden social a la anarquía y a la guerra, desde la injusticia a la violencia y a la supresión del otro” (3). En los mensajes de la paz de 2004 y 2005, Juan Pablo II hace referencia al discurso pronunciado en Naciones Unidas, octubre de 1995, donde resaltó algunas de las funciones más necesarias para detener la violencia y a la supresión del otro.

La organización de Naciones Unidas como hacedora de paz

“Para proteger la paz y la seguridad global y fomentar los esfuerzos de los estados por mantener y garantizar estos bienes fundamentales de la humanidad, los gobiernos crearon una organización específica al respecto —la Organización de Naciones Unidas— con un Consejo de Seguridad, dotado de amplios poderes de acción. Como eje del sistema se puso la prohibición del recurso a la fuerza... El sistema elaborado en la Carta de Naciones Unidas debía haber preservado a las futuras generaciones del azote de la guerra, que dos veces en el tiempo de una vida humana, ha infligido indecibles sufrimientos a la humanidad. En los decenios sucesivos, sin embargo, la división de la comunidad internacional en bloques contrapuestos, la guerra fría, en una gran parte del globo terrestre, así como los violentos conflictos surgidos en otras regiones y el fenómeno del terrorismo, han producido un alejamiento creciente de las previsiones y expectativas de la inmediata posguerra”.

En el nuevo milenio, Naciones Unidas pasa por momentos de baja credibilidad, porque naciones poderosas no obedecen las normas de la carta institucional que firmaron, porque el poder de veto del Consejo de Seguridad está concentrado en los cinco gobiernos que más armas exportan, tres de

los cuales no han ratificado los estatutos de la Corte Penal Internacional. De manera especial, porque el Consejo de Seguridad es creador de derecho internacional, es decir, del principio del bien y, sin embargo, en repetidas ocasiones, por acción y por omisión, se ha convertido en legitimador del mal. Por esta razón, Juan Pablo II desea que Naciones Unidas recupere sus objetivos fundacionales.

Es preciso reconocer que la Organización de Naciones Unidas, incluso con límites y retrasos debidos, en gran parte, al incumplimiento, por parte de sus miembros, ha contribuido a promover notablemente el respeto de la dignidad humana, la libertad de los pueblos y la exigencia del desarrollo, preparando el terreno cultural e institucional sobre el cual construir la paz... Renuevo a este respecto el deseo formulado en 1995: ‘Es preciso que la Organización de las Naciones Unidas se eleve cada vez más de la fría condición de institución de tipo administrativo a la de ser centro moral, en el que todas las naciones del mundo se sientan en su casa, desarrollando la conciencia común de ser, por así decir, una familia de naciones’.

Al interior de Naciones Unidas se está librando una dura batalla entre el bien y el mal; es la misma batalla que se libra al interior del mundo de hoy. El bien y el mal no son abstracciones, ni formas anónimas, tal como dice el papa, “tienen siempre un rostro y un nombre; el rostro y el nombre de los hombres y mujeres que libremente lo eligen”.

El bien y el mal desde La declaración del milenio

En septiembre de 2000, el Secretario General de Naciones Unidas, Kofi Annan, presentó un plan de trabajo para el siglo XXI. “Hay que reinventar las Naciones Unidas. En los últimos 55 años una población de 6 000 millones duplica el número de habitantes de 1945; las guerras se han multiplicado y se agrega el fenómeno de las limpiezas étnicas, el problema del medio ambiente, la plaga del sida y la malaria y la creciente marea de la pobreza. La crisis financiera de Asia, 1997, las protestas contra la Organización Mundial del Comercio, Seattle 1999, la guerra en Serbia-Kosovo son tres signos de una era nueva”. En el discurso de Annan se intercalan las llamadas “amenazas duras”, armas de destrucción masiva y amenazas de guerra, y las “amenazas blandas”, la pobreza, la degradación ambiental y las pandemias.

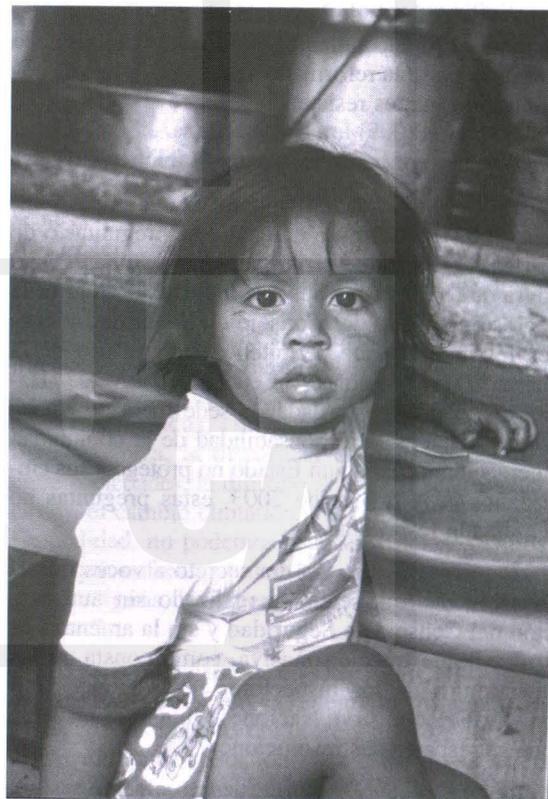
“La globalización es muy beneficiosa para algunos y es potencialmente beneficiosa para todos, pero sólo si los estados trabajan conjuntamente para que estos beneficios lleguen a todo su pueblo. Afrontamos desafíos mundiales que nos obligan a trabajar juntos y si esto es cierto en la esfera económica, lo es más aún ante el desafío que representan las matanzas y las guerras”. La siguiente frase resonará —con eco creciente— desde 2000 a 2005: “El instinto de solidaridad humana, que impulsa a algunos estados a acudir en ayuda de los ciudadanos de otros estados o a presentar cargos contra sus antiguos dictadores, es digno de alabanza. Pero cuando estas acciones las aplican uno o pocos estados en nombre de su propia autoridad, traen consigo el riesgo de la anarquía mundial”. Clara alusión a la “guerra humanitaria”, en Serbia-Kosovo, que Estados Unidos y la OTAN lanzan sin la autorización del Consejo de Seguridad.

Annan solicitó a los estados que ratificaran los estatutos de la Corte Penal Internacional, “que juzgue a los genocidas que los tribunales nacionales no quieren o no pueden juzgar. El mundo estará más seguro si sabe que Naciones Unidas puede intervenir cuando están amenazados con una destrucción masiva”. En el mensaje de la paz de ese mismo año, Juan Pablo II se adelantó a Annan: “En nuestro tiempo han ido disminuyendo las guerras entre los estados. Sin embargo, este dato, de por sí consolador, ha de ser visto con cautela al considerar los conflictos armados, que tienen lugar en el interior de los estados. Desgraciadamente, son demasiado numerosos, presentes prácticamente en todos los continentes y frecuentemente de gran violencia. En general, los provocan antiguos motivos históricos de naturaleza étnica, tribal o incluso religiosa, a los que se añaden actualmente otras razones de naturaleza ideológica, social y económica. Los crímenes contra la humanidad no pueden ser considerados asuntos internos de una nación. En este sentido, la puesta en marcha de una Corte Penal que los juzgue es un paso importante” (7-8).

Un punto espinoso de 2000 —y lo sigue siendo en 2005— es la reforma del Consejo de Seguridad, que mantiene la estructura heredada de la guerra fría (Rusia y China *versus* Estados Unidos, Inglaterra y Francia): cinco potencias nucleares, con poder exclusivo de veto, en un momento en que la creación de la Corte Penal Internacional legitima “el derecho de ingerencia en otros países por razones humanitarias”. Los delegados a esta cumbre

vieron que el tema de la reforma no estaba maduro por dos razones: los cinco miembros permanentes no estaban interesados en diluir su poder al compartirlo con otros miembros permanentes del Consejo. En segundo lugar, el rechazo de Rusia y China al derecho de ingerencia. ¿Qué seguridad daba al mundo este Consejo de Seguridad? Annan lamenta los múltiples fracasos de Naciones Unidas, desde Bosnia-Herzegovina, hasta Ruanda-Burundi, Sierra Leona y Timor. “Esta organización se enfrenta a una grave crisis de credibilidad para llevar a cabo su principal misión: el mantenimiento de la paz y de la seguridad... Todos desoyeron al propio Secretario General de Naciones Unidas, Boutros Ghali, cuando solicitó, en 1996, una policía internacional para separar asesinos de víctimas, en los campos de refugiados hutus, en Zaire. ¿El resultado? La actual guerra de Congo-Kinsasa”.

La reforma del Consejo de Seguridad quedó en la vía muerta, en la Cumbre del milenio (2000). Esa reforma, junto con la ratificación de los estatutos de la Corte Penal Internacional, se convirtieron en puntos candentes del derecho internacional y de la seguridad mundial, en 2003 y 2005. Por



ello, será necesario volver sobre ambos puntos, porque las dos instituciones —por el poder que tienen— pueden ser principio del bien o principio del mal. “Vencer el mal con el bien” significa unir esfuerzos multilaterales para enfrentar las “amenazas duras”, junto con las “amenazas blandas”, que aparecen en los titulares de La declaración del milenio: “La paz, la seguridad y el desarme”, respeto a las normas de la Corte Internacional de Justicia, de acuerdo a la Carta de las Naciones Unidas e invitación a ratificar sus estatutos; “El desarrollo y la erradicación de la pobreza”, nuevas políticas financieras y comerciales, que ayuden el alivio de la deuda externa; “Protección de nuestro medio ambiente”, los países industrializados deben ratificar el Protocolo de Kyoto y cumplir los compromisos pactados en las cumbres de la tierra; “Derechos humanos, democracia y buen gobierno”, respetar la Declaración Universal de Derechos Humanos; “Protección de las personas vulnerables”; “Atención a las necesidades especiales de África”, el papa en su mensaje de este año, pide que los pueblos africanos sean protagonistas de su propia suerte y de su propio desarrollo; “Fortalecimiento de Naciones Unidas”, todos los países cumplan con la cuota asignada para cubrir los gastos de defensa de la paz, en tantos rincones del mundo. El fortalecimiento de Naciones Unidas debe iniciarse por una reforma institucional, que está encontrando fuertes resistencias.

Reforma y contrarreforma de Naciones Unidas

En la 58ª Asamblea General de Naciones Unidas (2003) se acumuló una serie de preguntas o de críticas. “¿Para qué sirve Naciones Unidas, si no logra que se respeten sus resoluciones? ¿Cuál es la representatividad del Consejo de Seguridad y cuáles los criterios que permiten decidir el uso de la fuerza? ¿Hay que conservar el derecho al veto? ¿Habrá que pensar en trasladar la sede fuera de Nueva York? ¿Cuál es la responsabilidad de la comunidad internacional cuando un Estado no protege a sus ciudadanos?”. A finales de 2003, estas preguntas no tenían aún respuestas.

Para esas fechas, ya era secreto a voces que la invasión de Irak se había realizado sin autorización del Consejo de Seguridad y sin la amenaza de armas de destrucción masiva, como consta en los testimonios de los inspectores de Naciones Unidas. “¿Para qué sirve Naciones Unidas, si no logra que se respeten sus resoluciones?”.

También se cuestionó si “¿hay que conservar el derecho al veto?”. El 14 de octubre, en plena Asamblea General, Siria solicitó al Consejo de Seguridad, en nombre de la liga árabe, condenar la construcción del muro de seguridad, que Israel levanta en Cisjordania. El texto juzgaba que este muro “era ilegal, de acuerdo a las normas del derecho internacional”. Diez miembros del Consejo de Seguridad avalaron la condena. Pero el delegado de Estados Unidos impuso su veto, “porque el texto no es equilibrado”. ¿De qué sirve el Consejo de Seguridad si la condena de diez de sus miembros queda anulada por el “veto” del representante de un país que, al igual que Israel, se destaca por burlar tradicionalmente las decisiones de Naciones Unidas?

El 21 de octubre de 2003, la Asamblea General de Naciones Unidas aprobó detener la construcción del “muro de seguridad, con una aplastante mayoría de 144 votos a favor, 4 votos en contra (Estados Unidos, Israel, Islas Marshall y Micronesia) y 11 abstenciones. Como las resoluciones de esta asamblea sólo manifiestan la voluntad de la comunidad mundial, pero no son vinculantes, el “muro” siguió su curso. El 8 de diciembre 2003, la Asamblea General trasladó su solicitud a la Corte Internacional de Justicia, la cual, en febrero de 2004, declaró ilegal el muro, de acuerdo a la noción de “territorios ocupados”. Como la resolución de la Corte Internacional de Justicia tampoco es vinculante, el “muro de la vergüenza” siguió su curso, sin considerar el “valor moral” de la sentencia de la Corte, tal como dijo Annan.

La Corte Penal Internacional ha sido ratificada por 94 de los 191 gobiernos miembros de Naciones Unidas. Sólo cinco de los quince países del Consejo de Seguridad han ratificado sus estatutos. Tres de los cinco miembros permanentes con poder de veto tampoco la han ratificado —Estados Unidos, Rusia y China—. ¿Por qué estos tres países no ratifican si la Corte Penal Internacional no será retroactiva, es decir, se aplica sólo a aquellos crímenes cometidos después del 1 de julio de 2002? ¿Qué seguridad nos puede dar un Consejo de Seguridad cuyos miembros se resisten a ratificar los estatutos de la Corte Penal Internacional? Esta es una de las caras del principio del mal.

En la reciente Asamblea General de Naciones Unidas (2004), Annan afirmó que “El Estado de derecho está en peligro en las cuatro esquinas del

mundo. Ningún país está por encima de la ley. Los gobiernos que proclaman la primacía del derecho en su país, deben respetar la legalidad fuera de casa; los que insisten en que el derecho prevalezca fuera, deben asegurar su preeminencia dentro. Quienes pretenden conferir la legalidad deben también encarnarla; quienes invocan el derecho internacional deben también someterse al mismo". Annan olvidó la última frase, "El que esté libre de pecado que tire la primera piedra". El 1 de diciembre de 2004, el llamado Comité de Sabios presentó un informe con 101 propuestas de reforma de Naciones Unidas, de manera especial la reestructuración del Consejo de Seguridad, el cual estaría integrado por 24 miembros representativos de la población mundial. "Es necesario un sistema completo de seguridad colectiva, que permita hacer frente a las amenazas antiguas y nuevas, que responda a las preocupaciones de seguridad de todos los Estados, ricos y pobres, débiles y fuertes", dijo Annan.

Las amenazas duras y blandas

Luego de los atentados terroristas del 11 septiembre se pregunta cuál es el principal problema del mundo. En la Asamblea General de 2001, Bush urgió a Naciones Unidas "a sumarse a la batalla contra el terrorismo. Toda una generación tiene hoy el deber de acabar para siempre con una amenaza planetaria. Quien no se sume a esta lucha pagará las consecuencias. Ha llegado el momento de la acción". Le tocará, una vez más, a Annan corregir este unilateralismo de Bush: "Estamos tentados de concentrar todas nuestras energías en la lucha contra el terrorismo, pero esto sería conceder la victoria a los terroristas, porque los problemas a los que nos habíamos enfrentado en la Cumbre del milenio no han cambiado, sino que se hacen más urgentes. Para evitar un enfrentamiento dañino entre civilizaciones es necesario dar una esperanza real a millones de personas acuciadas por la pobreza, los conflictos y las enfermedades".

En Davos (2002), cuando el presidente Bush lanzó su programa de guerra permanente contra el eje del mal, el ministro de Asuntos Exteriores de Francia hizo el mismo comentario: "Estamos amenazados hoy día por el nuevo simplismo de reducir todos los problemas del mundo a la simple lucha contra el terrorismo. Esto no es serio y no se puede aceptar esta idea. Si no estamos de acuerdo con la política norteamericana debemos decirlo. Podemos y debemos decirlo". En este foro de Nueva

York resonó una frase muy dura: "La globalización de la ira se acelera ante el creciente desarrollo de las desigualdades sociales" (ECA, 2002, p. 66). Poco antes, Gorbachov había dicho que "Las víctimas de los atentados del 11 de septiembre en Estados Unidos no habrán muerto en vano, si el mundo aprovecha la ocasión para mirarse en el espejo y reflexionar sobre sí mismo y establecer un compromiso moral, sin caer en el pánico". Parece que algunos gobiernos no se quieren mirar en el espejo de su historia, no reflexionan sobre sí mismos, no aceptan un compromiso moral y se dejan guiar, sobre todo, por el pánico.

En el mensaje de la paz de 2004, el papa trató de identificar las causas y las respuestas adecuadas a esta conflictividad. "La lucha contra el terrorismo no puede reducirse sólo a operaciones represivas y punitivas. Es esencial que incluso el recurso necesario a la fuerza vaya acompañado por un análisis lúcido de los motivos subyacentes a los ataques terroristas... evitando las causas que originan las situaciones de injusticia de las cuales surgen a menudo los móviles de los actos más desesperados y sanguinarios. En todo caso, los gobiernos democráticos saben bien que el uso de la fuerza contra los terroristas no puede justificar la renuncia a los principios de un Estado de derecho, dado que el fin no justifica los medios" (8).

En la 58ª Asamblea General (2003), Annan volvió sobre el mismo tema, "Tenemos que enfrentar nuevas amenazas o tal vez antiguas amenazas presentes en forma extraña y peligrosa: las nuevas formas de terrorismo, la proliferación de armas de destrucción masiva. Pero, mientras que para algunos es evidente que estas amenazas son el desafío mayor a la paz mundial y a la seguridad, otros se sienten directamente más amenazados por pequeñas armas en sus conflictos civiles, o por lo que se denominan amenazas blandas, como la persistencia de la extrema pobreza, la disparidad de ingresos dentro y entre sociedades, la difusión de enfermedades infecciosas, el cambio climático y el deterioro ambiental. En realidad, no podemos escoger. Naciones Unidas tiene que enfrentar todos los desafíos, los nuevos y los antiguos, las amenazas duras y las amenazas blandas".

Es feliz novedad que en Davos de 2004, dos de sus organizadores hayan integrado las amenazas duras con las blandas del norte y del sur, llamando a una mutua cooperación. "Es claro que vivimos un sentimiento de inseguridad y que, a ejemplo del

11 de septiembre, pueden repetir graves incidentes de amplia repercusión. La mayoría de países desarrollados están pagando una 'sobre tasa Bin Laden', que se traduce en miles de millones de euros, gastos militares, millones de horas perdidas en los aeropuertos a causa de los mayores controles de seguridad. Muchas industrias y servicios sienten el azote del terrorismo, al que se suman más de quinientos conflictos entre estados, docenas de guerras civiles y larvadas luchas interétnicas. La seguridad debe entenderse en un sentido amplio, lo que Naciones Unidas llama la 'seguridad humana'. Los desafíos provocados por el hambre, la pobreza, toda suerte de tráfico, la ausencia de un sistema de educación, de salud o la falta de libertad son realmente gigantescos. Citando sólo unos ejemplos: 800,000 personas murieron el pasado año (2003) en conflictos bélicos; 22 millones murieron por falta de cuidados sanitarios y 800 millones siguen sufriendo de hambre. Más de 42 millones de personas padecen el sida y serán 100 millones, en 2005. A todos interesa mejorar la 'seguridad humana', porque es ahí donde se presenta la relación mayor entre seguridad y prosperidad" (*Realidad* 97, 2004, p. 25).

Lo que nos dicen estos organizadores de Davos es que no puede haber prosperidad (crecimiento) sin seguridad; ni puede haber seguridad sin prosperidad, y no puede haber prosperidad ni seguridad sin cooperación de todos. Para decirlo con palabras más reales y sencillas, si se quiere combatir el terrorismo internacional, las amenazas duras al norte, es que éste coopere más sinceramente para aliviar las "amenazas blandas" del sur. Es lo que Juan Pablo II ha llamado muchas veces "la globalización del amor".

Universalidad del mal y esperanza cristiana

A la universalidad del mal (amenazas duras y amenazas blandas) queremos responder con la esperanza cristiana, que también inspira a otros movimientos sociales, que nacen de una idea, "otro mundo es posible". Luego de las manifestaciones organizadas con ocasión de las grandes cumbres mundiales de la Organización Mundial del Comercio, del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial, del G-7 y de Davos, y cansados de que se les conozca como simples manifestantes, los congregados en el foro social mundial de Porto Alegre intentaron pasar de la protesta a la propuesta. Así, en

Porto Alegre se reunieron, por primera vez, 20 mil delegados, en 2001; 50 mil, en 2002; cien mil, en 2003; unos 120 mil, en Bombay, en 2004. Este año, de nuevo en Porto Alegre. En 2006, en África.

Termino con dos testimonios. El primero de Frank Hinkelammert: "Estos movimientos presentan alternativas para obligar al sistema mundial a reformular toda la estrategia de acumulación de capital, llamada globalización, y por el otro lado, responder a la desesperanza que terminaba en reacciones irracionales. Se trata de un movimiento cuyos participantes vienen de todos los sectores de la población. En este sentido, no es un movimiento clasista. En sentido literal, no es un movimiento antiglobalización, sino un movimiento que enfrenta a la actual acumulación mundial de capital. Lo hace precisamente en nombre del hecho de que hoy el mundo es, efectivamente, un mundo global... Surge así un movimiento de recuperación de la globalidad de la humanidad y de la tierra... Todo este movimiento se está transformando en el núcleo de una conciencia alternativa: "un mundo mejor es posible". Aparece así una gran recuperación de la esperanza".

El segundo testimonio es de José Arias, corresponsal de *El País*, "Lo nuevo, lo positivo de Porto Alegre es que se ha iniciado una larga marcha hacia lo desconocido, sin saber bien hacia dónde camina, pero sí hacia donde no quiere ir. Porto Alegre ha revelado, desde la periferia del mundo pobre, que aún existen millones de personas vivas, representadas en esas 900 organizaciones no gubernamentales y en los más de cien movimientos populares presentes, que no se dan por vencidos. Que creen que si un cierto capitalismo y una cierta globalización no pueden rechazarse de pleno, porque han sido factores de desarrollo, sí pueden haber alternativas mejores, que creen más justicia entre los pueblos, mayor solidaridad, mejor distribución de la riqueza y mayores ganas de vivir en paz. O sea, que la esperanza del mundo de los desposeídos, de los marginados de la historia, cuenta aún con una caravana de gente dispuesta a defenderlo". Al decirnos que "otro mundo es posible", nos animan a trabajar con ellos en la gestación de una globalización de la justicia y de la esperanza.

FRANCISCO JAVIER IBISATE
Catedrático del Departamento
de Economía de la UCA